TEOLOGÍA DE LA REPARACIÓN Y DE LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO.

Presentación.

-Ing. Tebealdo Mureddu

-P.Prisciliano Heernández Chávez, CORC

La teología es el quehacer de aquellos que tienen fe y profundizan en la Revelación que Dios ha realizado a la humanidad en el Pueblo de Israel y al nuevo Pueblo de Dios que es la Iglesia, con una metodología propia, según los tiempos y las culturas.

Hablar de la teololgía del Corazón de Jesús en sus dimensiones de la Reparación y de la Consagración, son temas centrales y vitales de nuestra fe cristiana y católica. Se toca, diríamos, lo más sensible de ella y nos introduce plenamente en el amor de Dios.

Podría pensarse que la devoción al Corazón de Jesús es un planteamiento teórico, pietiesta, o simplemente de tiempos superados. Son recuerdos del pasado, evocados en las imágenes, en libros o en ciertas prácticas, como los primeros viernes de mes. Sin embargo, no es así; nos permite vivir líneas esenciales de la fe, cristiana y católica, como son la consagración y la reparación, o la reparación y la consagración. No es algo meramente marginal, sino están en el centro mismo de nuestra condición de bautizados. La fe no termina en el enunciado, como dice santo Tomás, sino en la realidad y esa realidad es el Corazón traspasado de nuestro Redentor. Comporta una dimensión de encuentro de quien ha sufrido la pasión injusta y cruel: ahí están sus llagas, la llaga de su Corazón de quien nos amó hasta el extremo, hasta la última gota de su sangre . Es el Señor resucitados quien nos dice “La Paz esté con ustedes, y les mostró las manos y el costado”. Es indisoluble ese binomio de quien murió y resucitó y las pruebas son sus llagas y su Costado traspasado. El bautismo, que se recibe en agua y por la sangre de Jesús, nos incorpora a Cristo muerto y resucitado, en un nuevo modo de existir y por tanto de pensar, como redimidos. Esta es la primera consagración formal. Ya se es con Cristo una sola cosa (Gál 3, 27; Col 3,3). El bautizado es ungido, es otro Cristo con Cristo; entonces, su misión es la de Cristo. De aquí que la consagración al Corazón traspasado de Jesús, implica una configuración con Cristo Crucificado y de Corazón traspasado; implica el cambio y la transformación en El, y por tanto, en despojarse de su egoísmo y consagrarse o determinarse a ser coherente con esta condición. Dios Padre por su Hijo, de Corazón traspasado en el Espíritu Santo nos consagra a nivel de ser; a nivel moral y psicológica, supuesta la gracia, es respuesta personal. Lo propio de esta consagración es el amor, la delicadeza en la entrega o donación total de sí mismo: Tuyo soy, o tuyos somos, y tuyo o tuyos, queremos ser, evocando las palabras de León XIII.

Por otra parte, la Reparación constituye el espíritu propio de la devoción al Corazón de Cristo, como lo enseña Pío XI. Diríamos que la Reparación está incluida en el dinamismo de la Consagración. La Reparación completa la Consagración o es la puesta en acción de las misma Consagración. Para Pablo VI, el amor y la Reparación pertenecen a todos los tiempos; y ahora es más actual que nunca. La Reparación es correlativa al pecado. Se debe sanar lo que se ha roto: la comunión con Dios, la comunión con los hermanos, la comunión consigo mismo y con la naturaleza.Es Redención-Reparación con Cristo, por El y en El. El drama de la Redención-Reparación acontece en Cristo: se inicia en El e implica la muerte y la resurrección, de Cristo inmolado y Cristo resucitado; la misma persona en una única ofrenda. En El y por El se debe vivir ese proceso interior, de muerte y resurreción, en orden también a la dimensión de la acción transformadora en las personas y en la sociedad. Un aspecto que hemos de tomar en consideración es la vulnerabilidad del Corazón de Cristo; su humanidad lo hace sensible. Su amor es dolor, recordando una expresión de Papini. Involucrarnos con el Cristo de la fe, es involucrarnos con el Cristo real, quien tiene Su Corazón-Costado, traspasados. Este involucramiento exige la Consagración y la Reparación.-

Escuchemos al Padre Esteban Alcocer González, quien nos ayudará a profundizar en estos temas vitales para todo cristiano, en este lugar, el Templo Expiatorio del Sagrado Corzón de Jesús de la Misericordia. Esta conferencia se une a la serie de conferencias que se han dador y se darán en este año como homenaje al Padre Enrique Amezcua Medina, Fundador de la Confraternidad de los Operarios del Reino de Cristo, en el Centernario de su Nacimeinto.-

Desarrollo

-Pbro. Lic. Esteban Alcocer González,

Director General de la CORC.

Es este año 2018 en que celebramos el Primer Centenario del de nacimiento del P**. Enrique Amezcua Medina, Fundador de la CORC**, amante del Corazón de Cristo, quien dejó a los Operarios la divisa de *“ser sacerdotes según el Corazón de Cristo”*, y que soñó con este Templo Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, queremos exponer esta reflexión sobre la REPARACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESUS.

**La reparación es una participación del cristiano en la obra redentora de Cristo, en cuanto participación en la expiación del pecado, como en su participación en la renovación de la obra de Dios en nosotros y en toda la creación. Tiene, por tanto, un aspecto negativo: expiar la ofensa a Dios y un aspecto positivo: restaurar la obra de Dios en nosotros[[1]](#footnote-2).**

En los últimos tiempos se ha subrayado más en la “compasión”, por los sufrimientos de Cristo, con el intento de “consolarlo” por las ofensas que más entristecen su corazón. La excesiva insistencia en este aspecto psicológico ha sido en detrimento de la propia espiritualidad reparadora. Con la renovación de la liturgia del Concilio Vaticano II, se intenta volver a una visión más equilibrada de la reparación, integrándola en el marco del Misterio pascual, que une la cruz y la gloria.

La teología de la reparación, según el P. Luis M. Mendizábal, S. J., es quizás en estos momentos la parte más difícil de toda la materia que concierne al culto del Sagrado Corazón[[2]](#footnote-3).

Muchos elementos de la devoción al Corazón de Cristo tienen necesidad de una preparación, y requiere que las personas sean acompañados en una pedagogía, de acuerdo a la ley de la gradualidad, y conforme a la vocación que el Espíritu del Señor los vaya llamando. Así el tema de la Reparación que es un elemento esencial en la espiritualidad del Corazón de Cristo exige, según el P. Mendizábal, ese acompañamiento pedagógico, y según el mismo autor, no debe presentarse a toda la masa sino a personas llamadas a vivir en profundidad la espiritualidad reparadora del Corazón de Cristo, porque “**me parece que sobre todo la reparación, entendiendo en su sentido más profundo, presupone casi una verdadera vocación especial”[[3]](#footnote-4).**

La posibilidad de dar un fundamento teológico a la reparación y extender ese deber a todos los cristianos, son dos cosas muy diversas que creo debemos distinguir.

De hecho, es un poco extraño que a veces se pretenda que algunas almas viven una “vida de reparación” antes todavía de haber entrado en una verdadera vida de oración. En este caso, también la reparación se vivirá a un nivel superficial. Pero ante la persona que se adentra siempre más y consigue con la gracia de Dios profundizar su vida cristiana, se abren nuevos horizontes que pueden señalar una vocación especial.

**Dificultades actuales**

**1.     Una dificultad en general**

**Una dificultad actual consiste en que se confunde o identifica la reparación con la consolación**. Ahora bien, en la vida cristiana y en la devoción misma al Corazón de Jesús, reparación y consolación no son la misma cosa.

**2.     Dificultades teológicas**

Bajo el aspecto teológico, las objeciones más comunes se reducen esencialmente a éstas. **Cristo está ya resucitado y glorioso; por tanto, es inútil y sería una estupidez hablar de una reparación (identificada aquí, consolación) a Cristo glorioso porque Cristo está ya resucitado y en consecuencia la vida cristiana es una vida de resurrección**.

Dentro de estas dificultades distinguimos pues estos matices:

1. **Cristo está glorioso**

La redención ha sucedido ya, Cristo ha redimido a la humanidad. Por tanto, una reparación que añada algo, que se presente como algo nuestro, quita valor a la redención de Cristo que está ya cumplida” con una sola oblación santificó definitivamente a los fieles” ( Heb10,14 ) “Si, nosotros mismos hemos resucitado”.

1. **Si el bautismo es una resurrección, nosotros hemos resucitado ya con Cristo**. Por tanto, debemos presentar un cristianismo de resurrección, mientras que con la reparación se volvería a una actitud que corresponde a la época que precede a la redención y a la resurrección. Desde él un punto de vista teológico, parecería que estas objeciones pongan en dificultad el concepto mismo de reparación.

**3.      Dificultades psicológico-religiosas**

Se añade, y no sin una enorme carga afectiva, el aspecto psicológico religioso. Se acusa a la teología y a  la visión de conjunto de la devoción al Corazón de Cristo, de que presentan un cristianismo lloroso, con un Cristo que no hace sino llorar y lamentarse, necesitado de consuelo, por lo que los cristianos deben estar siempre consolándole.

Estas son en breve las objeciones que presentan una cierta dificultad y que parece que tocan al punto neurálgico de la cuestión de la reparación.

**Explicación doctrinal: puntos teológicos fundamentales.**

1. **El culto al Corazón de Jesús en la perspectiva de un Cristo  Paulino vivo**

Es muy importante no reducir la teología más profunda del Corazón de Cristo al simple culto del símbolo que debe ser considerado imagen con toda la riqueza teológica representada en ella, y encerrada en ella, en la verdadera perspectiva del culto al Corazón de Cristo. El aspecto fundamental de esta concepción teológica inmensamente actual consiste precisamente en presentar un Cristo Paulino vivo. **¿En qué se diferencia el Corazón de Cristo, de Cristo? ¿Son la misma cosa?** Ciertamente que es el mismo Cristo resucitado vivo de Corazón palpitante; recalcando precisamente esto: **que Cristo resucitado vivo, de Corazón palpitante que está misteriosamente cerca de nosotros; que nos ama ahora con Corazón humano, divino–humano, que toma parte en nuestra vida y que es sensible a nuestra respuesta de amistad, a la respuesta de nuestro comportamiento humano. Aquí está toda la fuerza del mensaje del misterio del Corazón de Cristo.**

Un Cristo como el que Pablo encontró en el camino de Damasco y que le pudo decir: *“Yo soy Jesús, a quien tú persigues”* (Hech 9,5 ). Un Cristo que tiene un Corazón; no un Cristo desmitificado.  **Un Cristo cercano a nosotros, siempre presente en la vida de cada cristiano y que constituye algo profundo, íntimo, vital en su existencia**. **Eso es el Corazón de Cristo**.

Pues bien, **la teología del Corazón de Cristo que encontramos en la teología paulina es la del encuentro personal de Damasco.** El experiencia personal de Saulo, será una experiencia fundante y transformante por la presencia viva del Resucitado, que Saulo, por otra parte, no iba buscando sino que irrumpe misericordiosamente en la vida del futuro Apóstol de los Gentiles. Le llama a Pablo por su nombre como nos llama también a nosotros: *¿“Saulo, Saulo”, por qué me persigues?* Esta experiencia de san Pablo en su camino a Damasco subraya los dos aspectos fundamentales de la espiritualidad del Corazón de Cristo: **la consagración y nuestra respuesta a Él: *Señor, ¿qué quieres que haga? …*** *“Yo le mostraré lo que debe padecer por mi nombre”* (Hech 9, 6.16). **Aquí nos encontramos con Él Cristo vivo, con el Corazón de Cristo; no un simple símbolo, sino un símbolo que nos trae una concepción de la vida**. La imagen del Corazón de Cristo viene a ser como un sacramental que nos pone delante, nos introduce en el corazón toda la realidad del Cristo paulino, del Cristo resucitado vivo.

También san Juan presenta a Cristo Resucitado en medio de sus discípulos y les muestra sus heridas de sus manos y la herida de su costado y nos ha dejado tres frases programáticas que nos ponen delante todo el misterio de Cristo resucitado y su relación con nosotros. Estas frases son: ***“Se puso en medio de ellos… les mostró las manos y el costado… y les dijo, recibid el Espíritu Santo “ (Jn 20; 19.20.22)***. San Juan no pretende, en esta ocasión, relatar un hecho anecdótico, sino que nos ofrece una invitación a contemplar a Cristo Resucitado, en su condición actual en medio de su Iglesia. **Él está en medio de la Iglesia, en medio de los cristianos, y está en medio de ellos no sólo como un simple objeto de su culto o de su adoración, o de su respeto, sino vitalmente, mostrando su amor, su amor personal, su amor que le ha llevado hasta la muerte** y que Él mantiene con el mismo grado de amor y solicitando la respuesta de amor de los hombres, para lo cual les infunde el Espíritu Santo, con el cual pueden amar a Cristo y al Padre y constituir  con ellos aquella unidad que Jesús había vivido y pedido al Padre en la oración sacerdotal como fruto de la redención: *“ Que sean uno en nosotros, como tú, Padre, en mí y yo en ti”* ( Jn 17,21).

La teología del Corazón de Cristo, considerada bajo el aspecto vivo y real de que estamos hablando, quiere enseñarnos una verdad fundamental: **Cristo no es insensible a nuestra respuesta a su amor.** Todo esto hoy tiene una importancia extrema e ilumina con su luz el aspecto sociológico de la justicia humana haciendo que funda sus raíces en el Corazón mismo de Cristo. **La injusticia no es una simple cuestión entre hermano y hermano, sino que toca al Corazón de Cristo: “Lo que hacéis a uno de éstos, a mí me lo hacéis” (Mt 25, 40)**. Esta es una verdad teológica de grande importancia que condiciona la doctrina de la reparación.

1. **Sentido de vicariedad**

Otro aspecto que es importante subrayar es el tema de la vicariedad en el sacrificio redentor de Cristo. Hay muchas teorías teológicas sobre este punto. Las teorías sobre el valor expiatorio sacrifical de la muerte de Jesús. En todo caso, la teología nos dice que la reparación de Cristo es una reparación vicaria; pero es importantísimo siguiendo los actuales estudios teológicos, se insiste mucho sobre el sentido que hay que dar a la palabra “vicariedad”. **No hay que entender una vicariedad como simple sustitución, sino una vicariedad que es solidaridad** y que, lejos de rendir inútil o superfluo a toda satisfacción, más bien da valor a la satisfacciones de los hombres; y este concepto debe aplicarse también a nuestra reparación. Aquí se presenta un problema teológico difícil. **La persona por la cual Cristo ha reparado, ¿está dispensada quizás de arrepentirse y de reparar su pecado porque Cristo ha reparado ya por ella?** Ciertamente que no. Tal actitud no sería ni siquiera justa. El pedir por una persona que ofende al Señor no dispensa a la persona, por la cual se ora, de su trabajo personal de vuelta a Dios.

Cristo representa la humanidad pecadora y Jesucristo es verdaderamente nuestra cabeza, Hijo del hombre como uno de nosotros, *“nacido de mujer, nacido bajo la ley”* (Gal 4,4). Por eso, **todo el pecado de la humanidad pesa sobre Él, no en el sentido de que porque Él ha sufrido nosotros quedemos dispensado de sufrir, sino porque es Él el que, solidario con nosotros, ofrece una satisfacción tal que le lleva a un valor sobrenatural y hace posible nuestro sufrimiento, al cual Él, con su satisfacción, confiere una plenitud que le hace aceptable ante los ojos del Padre. Dicho con otras palabras: Jesucristo no ha subido a la cruz para eximirnos a nosotros, sino para hacer posible que nosotros aceptemos nuestra cruz y para darnos la fuerza de llevarla. En la palabra “vicariedad” se expresa por tanto la idea de que Cristo no sufre por sus propios pecados.**

Precisamente en este sentido es en el que Él es Vicario. Son nuestros los pecados que Él toma sobre sí. Pero se trata de **una vicariedad de solidaridad** que da valor y potencia nuestro sufrimiento: si uno ha muerto, y Él ha muerto por todos, quiere decir que todos hemos muerto y hemos de morir con Él. Y debemos morir con Él, llevar con Él nuestra cruz; pero ahora esta muerte nuestra es válida, sólo porque Él, en su sufrimiento y su sangre, ha potenciado nuestra reparación.

Aquí tenemos el significado de **la vicariedad: sustitución en cierta manera; pero no en modo tal que nos dispense de nuestra reparación cristiana.** Todo lo contrario, la reparación de Cristo comporta y exige positivamente la satisfacción de cada fiel.

1. **La satisfacción de Cristo en la iniciativa del Padre**

Llegados a este punto, tenemos que preguntarnos **¿cuál es entonces el carácter  intrínseco y la  estructura psicológico-teológica de la satisfacción de Cristo?** Es una pregunta trascendental, porque la estructura de nuestra satisfacción debe ser semejante a la suya.

**La satisfacción de Cristo tiene una estructura basada en el amor y que actúa con amor.** Esto es sumamente importante para entender la visión teológica del movimiento de reparación de parte de Cristo para salvar a la humanidad pecadora.

A veces, en una excesiva simplificación teológica se presenta en catequesis la redención de esta manera: el Padre aparece severo, justo, que exige una venganza por el pecado; y el Hijo, generoso, amante del hombre, se ofrece a salvarlo dando su vida por él; entonces el Padre acepta y recibe la reparación del Hijo, y nos reconcilia consigo a través de su sacrificio. Esta manera de proponer el misterio de la redención no nos ofrece bien toda la profundidad teológica de la obra de la redención. Tendremos que partir de un ángulo algo diverso. **Es verdad que el pecado ofende a Dios, ofende al Padre, ofensa profunda** que **Pablo VI** nos recuerda con palabras magistrales en la Constitución Apostólica sobre las Indulgencias, el año 1967, con estas palabras: **“para toda mente cristiana de cualquier tiempo, es siempre evidente que el pecado es no sólo la transgresión de una ley, sino una verdadera ofensa a Dios cuyo valor trasciende la capacidad de la mente humana”.**

Por tanto, sí el pecado ofende a la divinidad, la reacción debe venir del Padre. Y lo grandioso del misterio escondido en Dios es que el Padre no exige una venganza a la manera humana, pensar vengativo, sino que, como respuesta al pecado del hombre, el Padre ama al mundo: “así amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito” (Jn 3,16). Por eso, en la exposición del misterio debemos partir de esta afirmación: de tal manera el Padre ha amado al mundo que ha estado dispuesto a dar su vida por él.

Pero el amor del Padre está en el Hijo por su generación eterna; y este amor, numéricamente el mismo del Padre, junto con la voluntad del Padre trasmitida por generación eterna, impulsa al Hijo a encarnarse. Es, pues, el amor del Padre, que está en Cristo como dice San Pablo: “el amor de Dios en Cristo Jesús” (2,8 -39), el que lleva Cristo con su corazón humano a dar por amor la vida en reparación del pecado de la humanidad, y por eso Él ofrece el sacrificio de satisfacción.

**En la Cruz, por tanto, no se manifiesta solamente el amor del Hijo, sino que se nos ha revelado el amor del Padre; y por este acto de amor del Padre que está en Cristo se comunica a los hombres en la caridad cristiana.**

Y he aquí que ahora el amor del Padre llega hasta la raíz más profunda del hombre: “ para que el amor con que me amaste esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17, 26). Tal es la oración de Cristo antes de su muerte, ofreciendo su pasión por la redención del mundo.

Así tenemos nosotros al Espíritu Santo, que es el amor del Padre y del Hijo, que está en nosotros para llegar a hacer de nuestra vida un reflejo de la vida de Cristo, con las mismas actitudes y la misma disposición y ofrecimiento de la vida.

De hecho, nosotros, ahora por la gracia, nos encontramos en una condición análoga a la de Cristo antes de su muerte; porque teniendo ya una participación de la resurrección, somos participantes de la naturaleza divina; pero todavía nos hallamos en condición mortal y por eso podemos revivir en nosotros la misma actitud redentora de Cristo sobre la tierra.

**¿En qué consiste la actitud redentora de Cristo? En la caridad que le hace ser uno con el Padre y uno con el hombre.** Aquí se realiza el misterio de su vida de ofrecimiento. Cristo es uno con el Padre, lo ve, se identifica con Él en amor; el amor del Padre está en Él, y por eso la ofensa del  Padre le llega hasta lo profundo del Corazón. Cristo es también uno con el hombre, porque además del hecho ontológico de la encarnación realizada por amor, el amor mismo le hace identificarse con la situación pecadora del hombre: “hecho pecado” (2 Cor 5-21), y ese mismo amor le hace tomar sobre sí esa situación pecadora del hombre para ofrecerla al Padre envuelta en su amor divino-humano. Esta estructura, este carácter intrínseco, deberá ser **el constitutivo de la reparación de todo cristiano**. Sólo cuando llegamos a la profundidad de identificacción con el Padre y con el hombre pecador como la sintió sobre si en la participación del estado pecador, conformándose en esto con la voluntad del Padre, podremos vivir la reparación cristiana en toda su profundidad.



**4.La reparación cristiana  a Dios ofendido**

Vamos a considerar ahora el estado interior de Cristo, de Dios. Y aquí tocamos uno de los aspectos más delicados en toda esta materia de la reparación.

La pregunta que nos hacemos a nosotros mismos reflexionando teológicamente es ésta: ***¿el pecado toca a Dios? ¿sufre Dios, sufre Cristo por el pecado?*** No se puede decir estrictamente hablando que Cristo sufre ahora ni que sufra Dios, tomando el sufrimiento en su sentido estricto humano, como una herida física. Pero, por otra parte, tendríamos que afirmar igualmente que la expresión: Dios no sufre, Cristo no sufre, es igualmente inexacta. Creo que debemos decir claramente que el pecado llega a Dios, que toca al Corazón de Cristo, porque si no, ¿cómo podríamos entender la expresión de Jesús Resucitado a Pablo: *Saulo, Saulo, por qué me persigues?.* De acuerdo a la Escritura podemos afirmar con toda verdad que Cristo sufre, que Dios sufre la indiferencia y el desprecio de los hombres. Que no es indiferente a nuestra respuesta a su amor.

Creo que la enseñanza de la teología del Corazón de Cristo es la misma que la enseñanza de San Pablo y del Evangelio, a saber: que **nuestras acciones llegan hasta Dios; y no sólo nuestras acciones buenas, sino también nuestros pecados; y relegar a Dios al limbo, no es cristianismo sino deísmo y racionalismo; porque atendiendo a la revelación constante de la Escritura, Dios el infinito, Dios el creador, Dios el Señor absoluto de todo está muy cerca de nosotros. Esta es la revelación que Jesucristo nos ha venido a comunicar, Él es la plenitud de la Revelación.**

Un filósofo pagano nunca hubiera podido pensar, en sus elucubraciones altas de inteligencia aguda, que Dios sea herido por el pecado. Y con todo, es verdad que Dios es inmutable y felicísimo; pero si hay una verdad fundamental en el evangelio es el gozo de Dios por el pecador convertido: *“Hay más gozo en el cielo …”* (Lc 15,7). En este caso, el Cielo es Dios mismo, el Padre. El amor con que Dios sigue al pecador, el gozo de su encuentro y salvación no son puras metáforas Ahora bien, **si el gozo de nuestra vuelta toca a Dios, ¿cómo no van a llegar también a Él nuestras acciones perversas, nuestras indiferencias y olvidos?**  La distancia entre ÉL y nosotros, entre su inmensidad y nuestra pequeñez no cambia, y Dios se muestra afectado por nuestro mal porque nos ama; Dios está tan cercano a nosotros que nos hace saber que el pecado del hombre le llega al Corazón, y ésta es una realidad más allá de todos los elementos metafóricos.

Podemos plantearnos esta cuestión. Es verdad que el hombre no puede llegar hasta Dios. La afirmación es evidente, pero esa inmensidad de distancia que el hombre no puede salvar, es superada por la acción infinita de Dios que viene a nosotros. **Es el amor de Dios el que, llegando hasta el hombre y amando al hombre, le hace de esa manera afectivamente vulnerable por la respuesta del hombre. No es pues el hombre el que hiere a Dios, es el amor de Dios al hombre el que le hace vulnerable.** Por tanto, en nuestra visión teológica tenemos que dar la debida importancia al valor que Dios da al hombre; valor mucho más grande de lo que el hombre mismo prevé. La grandeza no se muestra en su independencia de Dios, sino en el significado que el hombre tiene para Dios; por lo cual todo lo que le toca al hombre viene a tocar también a Dios, no en el sentido de una herida física.

Por tanto, no es la acción directa del hombre la que hiere, sino el corazón del hombre que no le ama. El hombre es su hijo que no le acepta y ésta es la repulsa que afecta al Corazón de Dios. *He engendrado hijos y mis hijos me han despreciado*.

Estamos frente al misterio que no cabe otra postura que la aceptación desde la fe: **¿Cómo es posible que Dios siendo Dios *puede* interesarse por nosotros?** Aquí está el verdadero misterio: que Él haya amado de tal manera al mundo que haya dado a su Hijo de veras por nosotros y que el Hijo se haya dado a sí mismo por el hombre. Pero es el misterio fundamental del cristianismo. **El misterio fundamental no es el de la existencia de Dios, sino el del amor de Dios al hombre**: *“Nosotros hemos creído en el amor”* (1 Jn 4, 16). Es la verdad fundamental de San Juan: ***“Dios es amor”*** (1 Jn 4,8. 16). Pero si Dios nos ama, nuestras ofensas le llegan al corazón. Así pues podemos concluir con el P. Mendizábal que: *“aún no pudiendo admitir un sufrimiento verdadero en Dios, tenemos que insistir en el hecho de que el pecado, sin hacerle perder su felicidad, le llega verdaderamente hasta Él; y que no son puramente metafóricas las palabras del profeta: “mis hijos me han despreciado” (Is 1,2). Precisamente porque somos hijos y por el amor que nos tiene nuestra respuesta de rechazo le llega hasta el Corazón”*, no le es indiferente nuestra respuesta.

**5.Misterio de la Pasión de Cristo como reparación**

Entramos ahora en el tema de la Pasión de Cristo. La Pasión de Cristo es para nosotros un gran misterio. **La Pasión de Cristo tiene su comienzo con aquel sufrimiento que humanamente no tiene sentido**. Mientras nuestra fatiga acompaña a una acción apostólica de eficacia aún humanamente perceptible, todos estamos dispuestos a aceptarla y no nos resulta un problema teológico. Que para subir en la escala de las dignidades humanas haya que fatigarse y trabajar y someterse a un esfuerzo extenuante, es obvio y ninguno piensa que eso sería una fatiga perdida.

**La Pasión de Cristo comienza con aquellos sufrimientos que desde un punto de vista humano están privados de cualquier eficacia. Llamamos Pasión a los hechos que se suceden desde el momento en que Él es apresado como un malhechor cualquiera, sometido a un proceso que termina en su ejecución sangrienta en el Calvario.**

Este misterio del sufrimiento, que humanamente no tiene sentido, aparentemente es difícil en la vida cristiana y que humanamente no se explica: la enfermedad, el fracaso, la incomprensión, la misma muerte…

**El cristianismo es religión de resurrección y de gozo. Pero no porque nos exima de la cruz y del sufrimiento y de la enfermedad, sino porque nos explica el sentido del sufrimiento, aunque humanamente no le diéramos sentido alguno.** ¿Qué puede decir el mundo al enfermo de cáncer, al joven que ha quedado paralítico por un accidente? Por tanto, el temor continuo de esas desgracias, cuya solución más sencilla es a veces la de quitarse la vida para huir a un sufrimiento continuado que se demuestra insoportable, hace que la vida del hombre, a veces, quede turbada por la tristeza, por la depresión.

**La Pasión de Cristo enseña que las cruces tienen sentido**; porque, como dice la Carta a los Hebreos: *“Jesús fue consumado como sacerdote en la Pasión”* (cf. 2,10); cuando nos encontramos frente a un ser que no puede hacer nada, podemos ver en él la continuación de la pasión de Cristo y pensar que ese hombre está consumando en este momento y en estas circunstancias la misión que el Señor le ha confiado sobre la tierra. Por eso, el hombre tiene que aprender a sufrir, aun cuando desde el punto de vista mundano el sufrimiento no se demuestra con sentido alguno.

El otro tipo de sufrimiento, es decir, el necesario para alcanzar un resultado cualquiera, no tiene necesidad explicaciones; porque humanamente lo entendemos (la disciplina del atleta, sometido a un riguroso entrenamiento, dieta… alcanzar un logro académico… etc.) Ahora, en nuestros días, hay una tendencia fuerte a  aceptar la fe sólo cuando humanamente tiene sentido lo que la fe viene a enseñarnos. Pero en tal caso, ¿podemos hablar todavía de una verdadera encarnación de la fe? Este es el grave problema que se nos presenta: que no queremos aceptar sino verdades de fe que tienen un valor también desde el punto de vista humano.

Ahora bien, para una comprensión profunda de la pasión hace falta que el hombre sea invitado por Cristo. Por eso, toda la doctrina de la reparación no me atrevería a presentarla a la masa cristiana en general. Se requiere la llamada del Señor a participar de manera especial en su obra redentora.

En todo caso, la pasión de Cristo es la gran lección en profundidad de la vida de reparación; es la iniciación al dolor cristiano. Sugiero solamente una observación que me parece teológicamente importante en Cristo hay que distinguir el dolor y la actitud psicológica con la cual sufre. El dolor es algo de la naturaleza, es algo que se percibe pasivamente, es algo que viene en un grado o en otro más o menos directamente, pero viene del pecado. **La actitud con que sufrimos es personal, es deliberada, es responsable, el dolor físico es lo que  es, la actitud con que se sufre, es lo que uno quiere que sea**. Cuando décimos del cristiano: **“Cristo sufre”**, no nos referimos a la materialidad del dolor, sino al acto personal con el cual sufre ese dolor; porque si no fuese acompañado el dolor de un acto personal, no tendría tampoco valor humano y personal. Cuando, en fuerza de las actitudes psicológicas participadas de Cristo, soportamos un sufrimiento con una actitud personal responsable, hay también un acto de sufrir, **el acto de sufrir que es el que nos une a Cristo**. La distinción pues entre sufrimiento material y el acto de sufrir, el actor personal de sufrir, me parece sumamente importante para el cristianismo y para la doctrina de la reparación y de redención.

Vemos que no se trata sólo de reacciones psicológicas, sino que abrazó su sufrimiento como aceptación de la condición pecadora del hombre en la visión profunda de la ofensa de Dios que desea reparar.

**6.La reparación cristiana en conformidad con las disposiciones de Jesús**

Conformarse a esta disposición de Jesús, asumir en amor la condición pecadora de la humanidad, de la cual cada uno de los hombres es participante en su estado de sufrimiento vivido en unión de amor con el Padre cuya ofensa le hiere, le hace también a cada uno de los hombres colaborador de la reparación de Cristo ofrecida en la cruz al Padre.

Cuando nos referimos a la contemplación y participación de la Pasión de Cristo, que es una iniciación también a nuestra obra de redención con Él, más que de compasión tendríamos que hablar de un **con-sufrir con Cristo**. No se trata de tener lástima de Jesús. Al contemplar pues la pasión del Señor, no se trata tanto de tener lástima de Jesús, de consolarle a Jesús a la manera humana, sino de llegar a **con-padecer con Cristo.**

Para comprender este punto de vista, se puede partir de la palabra de Jesús a los tres discípulos predilectos en Getsemaní. Después de anunciarles que *“Él está triste hasta la muerte”* (Mateo 26,38), Jesús no dice a los apóstoles: venid conmigo, consoladme, sino que les dice: *“quedamos aquí y velad conmigo”*, y Él se fue solo a rezar en la oscuridad de la noche. Lo que les pide es pues que participen de su sufrimiento. Un ejemplo semejante lo encontramos en la Virgen al pie de la Cruz. María con-padecía con Jesús. Tenía los mismos sentimientos de su Hijo, participaba en su dolor, ofrecía su muerte con un Corazón en todo semejante al de Cristo. **La participación en estas disposiciones del Corazón de Cristo es una gracia del Señor**. **La contemplación de la Pasión de Cristo se convierte en una iniciación para aprender a sufrir con Él y para entrar en el misterio del sufrimiento cristiano.**

Igualmente, si consideramos a Cristo glorioso, Él está ahora unido estrechamente al Padre y unido a los hombres, por lo cual la ofensa de la humanidad y la ofensa del Padre llega hasta su Corazón. También llega a su Corazón el mal de la humanidad; el mismo mal físico no le deja indiferente: *“ lo que hacéis a uno de éstos, me lo hacéis a mí”* (cf. Mt 25, 40).

Estas mismas disposiciones participadas en nosotros, el Corazón actualmente palpitante de Cristo glorioso, encuentran en nosotros una naturaleza capaz de ofrecer la propia vida mortal; y entonces se realiza la palabra de **Pablo**: ***“Cumplo en mi lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la iglesia”*** (Col 1,24).

Desde estas consideraciones, la perspectiva de la actitud reparadora se abre sobre la participación en las disposiciones actuales del Corazón de Cristo como fondo de toda la vida cristiana que asume en sí la condición dolorosa y pecadora de la humanidad con el mismo amor con el que Cristo la ofrece al Padre. **Por eso, esta participación se realiza en su cuerpo que es la Iglesia mediante la participación en las disposiciones internas de Cristo que asumió la condición pecadora en fuerza de su identificación de amor con toda la humanidad.**

Por tanto, si hoy se habla tanto de solidaridad humana debemos reflexionar que la devoción al Corazón de Cristo nos lleva a la unión más profunda con nuestros hermanos hasta asumir la misma condición ante Dios, hasta identificarnos con ellos, sabiendo que la condición del hombre actual está radicada y repercute en el Corazón de Cristo.

La teología del Corazón de Cristo nos muestra pues una radiografía interior de la vida cristiana, radicada en Él y participada en nosotros en un corazón semejante al de Cristo y con actitudes psicológicas que reproducen las actitudes de Cristo en un cuerpo mortal. Por eso, cumplo en mi lo que falta a la pasión de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia, porque la actitud de Cristo reproducida en mi por participación, me lleva a asumir la condición de la humanidad misma en su resonancia más íntima.

**Conclusiones**

Conforme a lo expuesto, el P. Medizábal llega a tres conclusiones

**1.Sólo quien ha resucitado por medio del Bautismo es capaz de reparar.**

No debemos apoyarnos en que hemos resucitado para decir que ya no hace falta que reparemos, sino que, al contrario, debemos decir que sólo quien ha resucitado puede reparar, porque sólo entonces podemos participar de las condiciones del Corazón de Cristo en la unión con el Padre y con la humanidad.

Para poder reparar, hace falta haber resucitado, tener parte de la caridad y poseer la disposición reparadora que se nos da precisamente mediante la resurrección del Bautismo y que nos lleva a identificarnos con el pecador y con el mal del pecador para asumir esa condición pecadora de la humanidad.

En vez de  decir que nuestro estado de resucitados por el bautismo hace superflua la reparación y nos dispensa de ella, debemos más bien proclamar lo contrario: que precisamente nuestro estado de resurrección postula la exigencia de una vida asociada a Cristo resucitado y asociada por tanto a su oblación de amor. Porque, si por nuestra vida de gracia somos participantes de la resurrección de Cristo, pero no hemos llegado todavía a la resurrección final; y nos encontramos en cuerpo mortal con el cual podemos identificarnos a la humanidad; si esto vale para cada uno de nosotros tratándose del propio pecado, por lo cual, aun recuperada la gracia, no estamos dispensados de la expiación, vale todavía más por el cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia en su unidad.

1. **El sufrimiento reparador debe ser participado de Cristo.**

El sufrimiento reparador debe ser participado de Cristo; no es un sufrimiento arbitrario, es aquél a que él Señor nos invita a participar, sea por sus disposiciones providenciales, sea por su voluntad manifestada. Aquel sufrimiento, una enfermedad, un disgusto aquel dolor, aquélla penitencia que cada uno en esa disposición entiende que el Señor le pide ( discernimiento espiritual). Será, por tanto, una penitencia voluntaria, pero no arbitraria.

1. **Vocaciones particulares en la reparación.**

Nos podríamos preguntar cuáles son las modalidades de la reparación:

Siempre a propósito de formas de reparación, hay que notar que tales modalidades corresponden al aspecto vital, al aspecto del pecado que y además especialmente, al amor concreto que ha sido iluminado por el Señor a cada uno de los hombres y que incluye por otra parte una llamada al amor concreto también con sus matices personales. En consecuencia, uno será llamado porque tiene una psicología espiritual más sensible a un cierto aspecto del pecado en cuanto ofensa del **Padre** **y en  todo lo que se refiere al Padre por su vinculación de amor**. **Entonces, la reparación se dirigirá preferentemente y directamente al Padre**; y partirá también de un aspecto de veneración, de amor, de respeto al Padre. En cambio, **en otros casos puede centrarse particularmente en Cristo, aunque todo lo que se centre en Cristo**, vitalmente, termina activamente, va también a concluir en el Padre.

Así aun en la devoción al Corazón de Cristo se dan formas de reparación que se dirigen directamente al Padre: ***“por medio del Corazón de Jesús que es Camino, Verdad y Vida, llego a vuestra majestad; por medio de este corazón os adoro por todos los que no os adoran, os amo por todos los que no os aman”*** ( Santa Margarita María de Alacoque), o también: **“ *te ofrezco la reparación de Cristo y unida a ella mi pobre reparación”****.* Pero podemos dirigirnos directamente a Cristo, porque la unión de amor puede ser psicológicamente centrada directamente en Cristo, cuya ofensa no es más que la repercusión en Él de la ofensa del Padre, hacia el cual Él reclama nuestra atención y por eso nosotros la sentimos más profundamente.

Puede darse también una reparación según determinadas formas de ingratitud de la humanidad, con lo cual la persona se identifica y que psicológicamente le hiere más profundamente.

Así puede haber una **reparación a Cristo en la Eucaristía**. No hay dificultad en ello. Se trata de una **vocación especial de amor eucarístico** que luego tiene una particular resonancia en la vida, cuya orientación viene entonces predominantemente determinada por la relación el misterio eucarístico.

En estos matices no hay negaciones de otros aspectos. Se subrayan solamente determinados elementos que centran la vida de la persona concreta y le dan un relieve especial, condición entonces de sus obras de reparación.

Todo esto es bueno. El mal suele estar siempre en el exclusivismo. No se debe sofocar el espíritu. No se deben suprimir las orientaciones de cada uno, a no ser que claramente se vea que está equivocada la orientación o la formulación.

**La espiritualidad reparadora, que hunde sus raíces en el carácter sacerdotal y profético del bautismo, se alimenta y desarrolla mediante una participación asidua en la vida litúrgica de la Iglesia. En efecto, es mediante la liturgia como se revela el amor redentor de Cristo, que en sentido propio es el único reparador del Amor del Padre que es ofendido por el pecado del hombre, y el que rinde una verdadera o absoluta respuesta del hombre al amor del Padre**[[4]](#footnote-5).

**LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE CRISTO**

El Papa León XIII pasa a la historia como un gran diplomático, político, sociólogo, es el Papa de la doctrina social de la Iglesia. Pero es importante recordarlo también como el Papa que consagró al mundo al Sagrado Corazón de Jesús. Y más de alguna vez lo expresó: *“ voy a hacer el acto más grandioso de mi pontificado”*[[5]](#footnote-6). Este acto lo ordena mediante la encíclica “Annum Sacrum” ( 25 de mayo de 1899).

Antes el P. Enrique Ramière, S.I., suplicó a Pío IX para que realizara la consagración del mundo al Corazón de Jesús, pero solo accedió a que se hiciera la consagración de la Iglesia al Sagrado Corazón de Jesús el 22 de abril de 1875.

Veamos brevemente la enseñanza del Magisterio de la Iglesia al respecto de la Consagración: Pío XI en la *Miserentissimus Redemptor*, doctrina que fue asumida por Pío XII en la *Haurietis Aquas*.

Así, Pío XI dice:

***“De entre aquello referente al culto al Sacratisimo Corazón de Jesús destaca y ha de ser recordada la piadosa consagración, por la que nos ofrecemos al divino Corazón de Jesús con todo lo que nos pertenece, reconociéndolo recibido de la eterna bondad de Dios”*** (Miserentissimus Redemptor, 8 de mayo de 1928, n. 4).

Ya el P. León XIII en la Annum Sacrum lo había expresado claramente:

***“ Como el Corazón de Jesús es el símbolo y la imagen viva del infinito Amor de Jesucristo que reclama ser correspondido por nosotros, es muy conveniente consagrarse a su Corazón augustísimo, lo que no es sino entregarse y obligarse a Jesucristo ya que todo honor, obsequio y devoción al Corazón divino acaba verdadera y propiamente en la persona de Jesucristo”*** (n. 7).

Siguiendo a Pío XI en la MR exhorta a la consagración como le reveló el mismo Jesús a santa Margarita María de Alacoque cuánto deseaba que los hombres le rindiesen este tributo de devoción. Ella fue con su director espiritual el P. Claudio de la Colombière, y será la primera en hacerlo. Más adelante se difundió ampliamente este homenaje de consagración por numerosos cristianos, después, familias, asociaciones y, finalmente magistrados, ciudades y naciones.

El Papa, en la MR afirma explícitamente que estas consagraciones sociales, no personales, se orientaban a contrarrestar y compensar desde la Iglesia las actuaciones anticristianas y contrarias a la piedad que rechazaban la soberanía de Cristo sobre todo el género humano.[[6]](#footnote-7)

“ Ya que en épocas precedentes y también en la nuestra, por las conjuras de los impíos, se rechazó la soberanía de Jesucristo NS, y se llegó a declarar la guerra pública a la Iglesia con leyes y mociones populares contrarias al derecho divino y a la ley natural, hasta el punto de haber Asambleas en las que se gritaba <<***no queremos que ese reine sobre nosotros***>> mediante esta consagración la voz de todos los amantes del Corazón de Jesús estallaba al unísono, oponiéndose encarnizadamente, para vindicar su gloria y asegurar sus derechos: <<***es necesario que Cristo reine, venga a nosotros tu Reino***>>. Esto comportó la feliz consecuencia de que todo el género humano, que posee Jesucristo -único en quien todas las cosas son restauradas- por derecho divino, fuera consagrado al Sacratísimo Corazón de Jesús por León XIII, a comienzos del pasado siglo” (MR, 4).

De ahí que el mismo Papa Pío XI al finalizar el Año Jubilar de 1925 instituyera la Fiesta de Cristo Rey, declarando así la soberanía del Redentor sobre toda la humanidad.

El Papa Pío XII, al comenzar su pontificado, en el 40 aniversario del acto de consagración del universo al Corazón de Jesús que hizo León XIII, orientó su pontificado a proclamar la realeza de Cristo Rey y fortalecer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, así lo ratifica en la encíclica *Summi Pontificatus* (octubre de 1939):

*“De la difusión y enraizamiento del culto al Corazón divino del Redentor, que encontró una espléndida corona no solo en la consagración del género humano a su Corazón cuando acababa el siglo pasado, sino también en la introducción de la fiesta de la Realeza de Cristo por parte de nuestro inmediato predecesor de venerada memoria, han brotado bienes inefables para un número ilimitado de almas “un río que alegra la ciudad de Dios”* (Sal 45, 5).

No faltan algunos que minimizan la devoción al Corazón de Jesús, porque reducen esta espiritualidad a revelaciones privadas o que pertenecen a otras épocas, Pío XII sale al paso con la Haurietis Aquas fundamentando la espiritualidad del Corazón de Cristo en el mismo Evangelio, y en la concretamente en el Calvario, en su Corazón traspasado: *“mirarán a quien traspasaron”* (Za ..) cuando yo sea elevado atraeré a todos hacia mí”… Cristo nos atrae y orienta nuestra vida para seguirlo, como modelo que es para nosotros por el Amor que mana de su Corazón, nos invita expresamente a que lo sigamos de manera que Él sea nuestro Camino, y nos atrae y nos hace convivir con Él para ser plenamente seguidores de su Amor misericordioso y compasivo.

Jesús es contemporáneo de toda la humanidad. En aquellos sentimiento dolorosos del Huerto de los Olivos en Getsemaní y de la Cruz le sirvió de consuelo prever las actitudes de todos aquellos que se unirían a Él , en íntima contemplación, y muchos incluso a la experiencia –conforme a la gracia de Dios- a experimentar compasivamente su pasión.

Hemos de procurar vivir el esfuerzo de intimidad de Cristo que sufre con animo ferviente de reconocimiento de la soberanía de Cristo sobre el universo entero y también sobre todas las dimensiones culturales, sociales de la realeza del Amor del Corazón de Jesús.

La inseparabilidad del espíritu de reparación, conforme a la vocación de cada uno, con la orientación de la consagración a la persona de Cristo Rey, nos ha de recordar siempre que la voluntad de Cristo de reinar sobre todos los hombres, porque sólo en Él la humanidad puede alcanzar la plenitud humana tan deseada. Si pretendemos un humanismo que de la espalda a la soberanía de Dios, nos encontramos con el fracaso y la frustración humana. Hoy ya podemos constatar las consecuencias -terribles para la misma humanidad- de aquella afirmación del filósofo sobre la “muerte de Dios”, y en seguida se ha de afirmar la “muerte del hombre”, “porque si Dios no existe, todo está permitido”.

***“En el Reino del Cristo por su Corazón***, -dice Francisco Canals Vidal –***nos es propuesto el camino hacia la paz mundial y también hacia el progreso definitivo y culminación en el orden social, económico y cultural. Jesucristo es –como recordó León XIII- el único en Quien todas las cosas se restauran”***.[[7]](#footnote-8)

1. A. TESSAROLO, “Reparación” en Diccionario de Espiritualidad, T III, Ermanno Ancilli (Ed.), Herder, Barcelona, 1987, p. 279. [↑](#footnote-ref-2)
2. Cf. LUIS M. MENDIZABAL, S. J. *“Líneas para una teología de la reparación”*, en Cor Christi; Roger Vekemans, S. J. (Ed.), Instituto Internacional del Corazón de Cristo, Delegación Latinoamericana, Bogotá, Colombia 1980, pp 570-584 [↑](#footnote-ref-3)
3. Ibidem, p. 270 [↑](#footnote-ref-4)
4. Cf. A. Tessarolo, o.c., p. 281. [↑](#footnote-ref-5)
5. EL Papa le comentó al obispo de Lieja Doutrioux, en una audiencia en abril de 1899. Cit. en FRANCISCO CERRO CHAVEZ, “Encíclicas y Documentos de los Papas sobre el sagrado Corazón de Jesús”, Monte Carmelo, Burgos, 2000, p. 7 [↑](#footnote-ref-6)
6. Cfr. FRANCISCO CANALS VIDAL, *“ La consagración y la reparación en los textos del Magisterio de la Iglesia”* en Actas del Congreso Internacional “Cor Iesu , Fons Vitae”, David Amado-Enrique Martínez (Eds.), Ed Balmes IICC, Barcelona, 1-3 de junio 2007, p. 307 [↑](#footnote-ref-7)
7. Ibid., p. 309 [↑](#footnote-ref-8)